

—Salid al instante!—esclama el coronel.—Al gobernador será á quien pida cuenta de tan innoble conducta.

—Yo te la daré personalmente,—replica el llavero.

Y se le acerca alzando la mano. Dumouriez saca de la chimenea un leño medio quemado, con el que descarga un golpe tan furibundo sobre el insolente carcelero, que lo derriba á sus piés. Belu, al caer, habia proferido un grito terrible. La guardia acude, y se llama al mayor, que comienza con observaciones y no tarda en pasar á las amenazas.

—Caballero,—le dice Dumouriez,—me respeto á mí mismo y sé hacerme respetar. Mandad llamar al gobernador.

—Tal parece que me lo mandais.

—No: me limito á recordaros vuestros deberes.

—Habeis cometido un delito de los mas graves, y facultado estoy para mandaros encerrar en un calabozo.

—Podeis mandarme hacer pedazos; pero no me haréis salir de aquí.

Y pegándose á la pared, cogió una silla y se puso en actitud defensiva. Fué, pues, indispensable llamar al gobernador, con quien Dumouriez se quejó amargamente, contándole lo que habia pasado, y pidiendo cambio de cuarto.

—Imposible,—dijo Jumilhac:—el ministro en persona os ha señalado este.

—Y si se desplomara?

—Oh! entónces mediaria fuerza mayor, y el ministro nada tendria que decir.

—Pues bien: os advierto, mi querido gobernador, que no tardará en mi concepto en verificarse así, porque el suelo no está firme: ved qué desnivelado se encuentra. Os lo aviso oportunamente para que no se me acuse de que he intentado evadirme, cuando pudiera estar en la actualidad al extremo del mundo, si lo hubiera querido.

Jumilhac se mordió los lábios para no soltar la risa, pues entreveia una calaverada, la cual lo inquietaba poco, puesto que tratando favorablemente al coronel, obsequiaba los deseos del monarca.

—Os prometo,—dijo,—que mañana se repondrán los vidrios quebrados.

—Como gustéis: no tengo empeño en que se repongan; lo que me ha ecespado es la insolencia de ese zaragate... pero os repito que el piso se está viniendo abajo.

Terminado así el lance, gobernador, mayor, llaveros y soldados se retiraron, y Dumouriez se quedó pensando en el modo de realizar la prediccion que habia hecho relativa á la solidez de su prision, y calculando que si el suelo estuviera bien construido, no debia haber viga debajo del foco de la chimenea. Por ahí comenzó el ataque, apagando la lumbré y quitando la ancha piedra en que descansaban los leños. Debajo de ella habia, contra lo que se habia figurado, una viga á que llegó despues de quitar el yeso que la cubria; pero al traves del yeso y de la piedra, la viga llevaba años de sufrir la accion del fuego, y se encontra-

ba casi enteramente quemada, de manera que golpeándola fuertemente con el pié, logró el coronel quebrarla, y hacer desplomarse así una considerable parte del piso, que cayó en el cuarto situado debajo del que ocupaba.

Al ruido de la caída del yeso y de los ladrillos, se mezclan al punto gritos de susto. Temeroso Dumouriez de haber herido á un compañero de desgracia, mira por el agujero, y entónces contempla un horroroso espectáculo. Ve á un hombre enteramente desnudo, con la barba enmarañada, el pelo en desórden, los ojos estraviados, y la espuma en la boca, que prorumpe en espantosos rugidos, parado sobre un banco de cama.

—Sosegaos, cofrade,—le grita el coronel:—decidme quién sois, de qué os acusan, y os doy mi palabra de que os ausiliaré en cuanto pueda.

—Callate, Satanás,—grita el hombre desnudo.—La Pompadour te ha pagado para que me asesines.... La infame sabe bien que Eustaquio de Farey no es un gentil-hombre fácil de matar.... Al fuego!.... al fuego!.... En canciones andas, marquesita, y en canciones has de andar, bribona!.... La guardia! la guardia!.... me asesinan!....

Dumouriez pensó que era un loco, y lo era en efecto aquel desgraciado, que habia entrado á la Bastilla lleno de fuerza y de salud y muy en sus cabales, veintidos años ántes. Su crimen consistia en haber sacado dos copias de una cancion contra la marquesa de Pompadour. Miétras esta habia vivido, lo habian tenido en el calabozo. Despues de la muerte de esa Mesalina, se le habia conservado preso por ser alta su tarifa; pero se le habia hecho la gracia de pasarlo á un cuarto, y á poco se habia vuelto loco. El mal era ya incurable, y la Bastilla debia ser su tumba.

Dumouriez, temiendo que no bastaran los gritos del loco para que acudiera la guardia, se puso á gritar á su vez y á golpear á la puerta de su cuarto como si lo amenazara algun peligro; y pronto se presentan de nuevo guardia, mayor y gobernador.

—Bien os lo habia anunciado, señor gobernador,—esclama el coronel.—Este piso está carcomido: mi vida no está aquí en seguridad.

—Oh! coronel!—contestó Jumilhac sonriéndose.

—Así es la verdad. Qué diablo! os es bien notorio que no tengo barreta ni azada á mi disposicion, y no podeis suponer que intento evadirme, cuando yo mismo os llamo en mi auxilio. Lo que pasa es claro como la luz.

Lo mas claro para Jumilhac fué que Dumouriez queria cambiar de habitacion, y que con tal objeto habia obrado. Dió, pues, la órden de alojarlo en el cuarto llamado de *la Capilla*, y á la vez se permitió que lo asistiera uno de sus criados. Se le dieron libros y recado de escribir, y se le permitió pasearse varias horas al dia.

—Demonio!—decia en su interior,—parece que costará algun trabajo al duque de Aiguillon seguir las huellas de su tío abuelo el cardenal de Richelieu, y que mi cabeza no está mal afianzada en mis hombros.

Hemos dicho que muchas personas comprometidas en el negocio, habian sido aprehendidas al mismo tiempo que Dumouriez, y encerradas en la Bastilla como él. El coronel no lo sabia, pero lo sospechaba, y un dia que se paseaba en el patio, vió un saco de lentejas al pié de la torre Bertaudière.

—Diantre!—pensó Dumouriez,—esto huele à Favier de á legua.

En efecto, Favier, su amigo íntimo, era tan aficionado á esa legumbre, que à ejemplo del patriarca, hubiera cedido su derecho de primogenitura por comerla. El coronel sacó de la bolsa un pedazo de carbon, que cargaba siempre para lo que se ofreciera, y escribió en el saco su nombre seguido de estas palabras: “Es-
“toy en el cuarto de la Capilla.” El dia siguiente, en su paseo, tosió con fuerza, y casi al punto cayó de la torre Bertaudière una bolita de miga de pan que el coronel se apresuró á recoger, y dentro de la cual encontró un billete que lo instruyó del estado en que se hallaba el proceso de sus amigos.

Pero Aiguillon estaba desalentado ya, sin pensar en hacer condenar á Dumouriez y á sus amigos, lo cual le parecia imposible: lo único que se proponia era que cayesen en el *olvido*. Acaso lo hubiera logrado, á no haber mandado el coronel al rey, por conducto de Jumilhac, varias cartas en que pedia encarecidamente que se le formara causa.

—Señores,—dijo un dia Luis XV, cuando Aiguillon se afanaba en que el consejo se desentendiera del asunto,—acabemos de una vez. Entiendo que se ha repetido aquí la fábula de los palos flotantes, que de léjos parecen algo y de cerca no son nada. Creo en conciencia que esas gentes han recibido un castigo superior á su pecado.

—Aun cuando así fuera, señor,—contestó Aiguillon,—siempre seria preciso salvar las apariencias. Mi tío abuelo el cardenal acostumbraba decir que al gobierno nunca le falta razon.

—No nos parémos en tan poco, duque: los desterrarémos á diestro y siniestro, en comprobacion de que no eran inocentes; y así lograremos que no nos sigan quebrando la cabeza, pues demasiado lo han hecho ya.

Tal fué el fin de este negocio. Se desterró á Dumouriez á Caen, á Favier á Doulens, á los demas á otros lugares, donde permanecieron hasta el advenimiento de Luis XVI.

Luis XVII!... á este nombre parece que la verdad va á salir de su escondite, que la justicia va á alumbrarlo todo con su antorcha. Ah! el júbilo de las víctimas del despotismo fué infundado. Luis XVI tenia buenos instintos: subia al poder con el deseo de hacer el bien; pero era rey, soberano absoluto, y tenia ministros, cosas todas que son la negacion del *bien*. Destinado por la fatalidad à caminar por los senderos trillados y á perderse en ellos, por ellos caminó y se perdió.

XVIII.

El conde de Chavaignes.—Un abate tereco.—El peligro de tener sobrada razon.—Tentativa de fuga.—Linguet.—Cagliostro.—Un bautismo en la Bastilla.

No cabe duda en que Luis XVI subió al trono con las mejores intenciones que ha tenido soberano alguno, y así lo probó condonando al pueblo el derecho de feliz advenimiento, emancipando á los siervos de las tierras señoriales; anulando la ley que declaraba á los contribuyentes solidarios del pago del impuesto, y aboliendo el tormento preparatorio; pero pronto se detuvo en ese sendero en que tanto habia que hacer. Se habria necesitado un rio para limpiar esos establos de Augias, por los que el débil rey se contentó con hacer pasar un surco de agua que no tardó en secarse. Las prisiones de Estado continuaron bajo el mismo pié, sin aliviarse en lo mas mínimo los sufrimientos de los inocentes sometidos al mas cruel cautiverio. Se dejó á Latude en Bicêtre: se necesitaron años enteros de pasos, de solicitudes de toda clase, para que saliera en libertad, como si el jóven rey tuviera que vengar la memoria de Mad. de Pompadour. También á Prévost de Beaumont se le dejó en su jaula de Charenton, mientras el pacto de hambre, que habia denunciado con tanto valor, continuaba ejecutándose para llenar las arcas, siempre vacias, à consecuencia de las prodigalidades de la corte.

Habia en la Bastilla diez y siete presos al advenimiento del monarca; solo cuatro fueron puestos en libertad, despues de una visita del ministro Malesherbes. De los otros trece ninguno habia sido juzgado, y la mayor parte ni siquiera sabia la causa de su detencion. Si eran culpables y no se habia cuidado de formarles causa, ¿por qué no se les formaba entónces?

Al entrar Malesherbes al ministerio, habia afectado abolir las órdenes secretas de prision. El rey se habia opuesto; pero por qué no lo habia ecsigido el ministro como una condicion de su ingreso al poder? El asunto seguramente lo merecia. No solo se conservaron las órdenes espresadas, sino que se hizo como an-